

VI.

VI. “UN DESENGAÑO”

(Jn. 5, 2; 7, 23)

Hay en Jerusalén, junto a la Probática, una piscina que se llama en hebreo Betesda, que tiene cinco pórticos. En ellos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, esperando la agitación del agua. Porque el Ángel del Señor bajaba de tiempo en tiempo a la piscina y agitaba el agua; y el primero que se metía después de la agitación del agua, quedaba curado de cualquier mal que tuviera. Había allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, viéndolo tendido, y sabiendo que llevaba ya mucho tiempo, le dice: “¿Quieres curarte?” Le respondió el enfermo: “Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina y cuando se agita el agua, y mientras yo voy, otro baja antes que yo.” (Jn. 5, 2-8)

Cuando Jesús subía a Jerusalén para las fiestas, pasaba generalmente las noches en el huerto del Getsemaní. De allí tenía fácil acceso al templo, donde desarrollaba sus enseñanzas en el pórtico de Salomón. Sus discursos en Judea son mucho más atrevidos que los que le conocemos en Galilea, Cafarnaúm, Corozain y Betsaida. Aquí, delante de multitudes de peregrinos, quienes lo escucharían por primera vez, durante las grandes fiestas, como lo registra San Juan, contienen abiertas declaraciones de su divinidad y de su filiación del Padre. Esto ponía nerviosos a los dueños de Jerusalén y de las fiestas: los sacerdotes, los escribas y fariseos. Cada palabra de Él era filtrada y analizada, con lupa, para encontrarle argumento de condenación. Las discusiones terminaban en debates y ardiente hostilidad. También sus gestos eran escudriñados con intención de condena. Uno de estos fue la sanación del paralítico de la piscina de Betzatá.

Se celebraba entonces una gran fiesta en Jerusalén, posiblemente la de Pentecostés, cincuenta días después de la Pascua y la ciudad estaba atascada de devotos. Dice el evangelista: “Hubo una fiesta de los Judíos, y Jesús subió a Jerusalén.” (Jn. 5, 1) Como de costumbre, al anochecer, se retiraba en el huerto

de Getsemaní, sobre la colina, al oriente de la ciudad, cerca de los caminos que conducían hacia el norte, por Samaria o por Jericó. De allí se contemplaba al amanecer, el oro que cubría el techo del templo, como llamas de un incendio, las columnas de humo del gran altar de los sacrificios y la doble puerta llamada dorada, en el muro del torrente Cedrón; todo radiante, de cara al sol que se levantaba en el oriente. Un espectáculo capaz de entusiasmar a las caravanas de peregrinos que subían desde Arabia, después de haber atravesado el Jordán, era una visión celestial que llenaba los ojos y los corazones y grababa en el alma el mito de la ciudad santa de David.

Jesús, viniendo del Getsemaní y recorriendo en sentido contrario el camino de Betania, a veces, entraba a la ciudad por el norte, cerca del lado oriental de la Torre Antonia. El camino pasaba en la vecindad de la gran piscina de Betzatá, la de los cinco pórticos. A la piscina entraban surtidores subterráneos que venían de las montañas. Algunos de ellos contenían aguas sulfúreas y ricas en otros minerales. Cuando se movía la superficie, era señal de que nuevos caudales entraban a la piscina, entonces quienquiera que pudiera acceder al agua recibiría los beneficios de esta nueva remesa de químicos. Según la tradición, el ángel del Señor movía las aguas, para dar salud al que se sumergiera en ese momento. La monumentalidad de la construcción y el lugar tan cercano al templo, hacen pensar en que su fama fuera justificada, y explicaba el hecho de que un número considerable de enfermos de toda clase estuviera esperando el movimiento del agua. Las cinco órdenes de columnas todavía existen y han sido expuestas a la luz por recientes excavaciones. Se trataba de instalaciones balnearias parecidas a los modernos centros de aguas termales, con jardines, paseos, mercados y ventas de comidas. Un lugar para grandes concentraciones de personas, donde cabían también los enfermos, cada uno con su propia pena y su propia historia. “Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina que se llama en hebreo: Betzatá, con cinco pórticos.” (Jn. 5, 2) Al parecer, se mezclaban allí enfermos de muy diferentes dolencias, algunos recién llegados, llenos de esperanza, otros ya decepcionados y entregados a la suerte. “En ellos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, esperando la agitación del agua.” (Jn. 5, 3)

Antes de dar toda la vuelta y entrar al Santuario por la puerta llamada “la Bella”, Jesús hizo una incursión al mundo bullicioso de Betzatá. Le llamó

la atención uno de los enfermos más solitarios, de aspecto anciano y triste. Jesús tuvo compasión y se le acercó para sanarlo. Este milagro constituye una provocación. Se efectuó bajo la mirada indagadora de los sacerdotes, escribas y letrados que andaban mezclados con la gente en todas partes. La piscina de Betzatá se ubicaba apenas afuera de la esquina norte oriental del templo. Por algún paso semisecreto, o por la puerta de las ovejas, los sacerdotes desde el templo tenían acceso al lugar. Jesús escoge la persona, el lugar y el día. Desafortunadamente era un sábado, o ¿fue intencionalmente un sábado? Durante los sábados, los movimientos personales por la ciudad estaban severamente controlados y restringidos, para no contravenir a las normas de la ley y crear esta atmósfera de respeto hacia el día de Yahvé.

Una gran cantidad de enfermos llenaba los altos arcos y todo el espacio, como un gran mercado hospital. Los parientes asistían a los enfermos o los visitaban en los días de fiesta, otros, los más pobres, quedaban entregados a la caridad pública. “Porque el ángel del Señor, bajaba de tiempo en tiempo a la piscina y agitaba el agua.” (Jn. 5, 4) Todos esperaban el movimiento del agua como un regalo de Dios. Era el privilegio de estar cerca del templo y de las inmolaciones diarias de víctimas que propiciaban esta intervención del Altísimo para dar la sanidad a los pobres. “Y el primero que se metía, después de la agitación del agua quedaba curado de cualquier mal que tuviera.” (Jn. 5, 4) El milagro estaba en la tradición de Israel. Los profetas como Moisés, Daniel y Elías habían realizado milagros y hasta resucitado muertos. El profeta Eliseo, a los soldados de tres reyes, el rey de Israel, el de Judá y el de Edom, que se morían de sed al atravesar el desierto de Idumea, les mandó excavar hoyos, en el lecho seco del torrente, tanto que bebieran los tres ejércitos. La esperanza de los pacientes tenía un fundamento en la historia pero no todos tenían la suerte de entrar al agua en el momento justo. A muchos les agarraba la desesperación y abandonaban el lugar. Los paralíticos eran los que más sufrían, por la dificultad de moverse. A uno de estos se acerca Jesús.

“Había allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo.” (Jn. 5, 5) Se trata, pues, de un hombre de sesenta o setenta años, todo un espectáculo de miseria y desesperación. Ese es el hombre que Jesús, por pura benevolencia y compasión escoge, echando mano a sus poderes proféticos y prodigiosos. Sin duda, Jesús prevé la reacción de sus enemigos; ya habían intentado

anteriormente mandarlo a prender, sin lograrlo. La pregunta es: ¿Intenta Jesús, con este milagro, provocar a sus adversarios, en esta vigilia de su pasión y muerte, sabiendo que lo atacarán con todos los medios? O, bien, solamente sabe que esto precisamente sucederá, pero no es que él lo intente, únicamente lo prevé y lo acepta, pero su verdadero compromiso es con el hombre enfermo, con su fe, con su relación moral hacia Dios. Aunque no se sepa claramente cuál es su verdadero estado, cuánto merece este amor. “Jesús, viéndolo tendido, y sabiendo que llevaba ya mucho tiempo, le dice: ¿Quieres curarte?” (Jn. 5, 6) ¡Extraña pregunta! Nadie que solamente visite a un enfermo por cariño o atención, le pregunta si quiere ser curado. La pregunta, aparentemente extraña o incoherente, en realidad encierra, ya, un sentido. Como si alguien dijera: ¡Tengo el deseo de que te cures!

Me gustaría cooperar a tu curación, estoy dispuesto a ayudarte. Pero el enfermo entiende la pregunta de otro modo. En este ambiente de espera, sólo cabía pensar en alguien que lo empuje al agua en el momento propicio. Era como ganarse la lotería, ser el afortunado que primero alcanza las aguas en ebullición. Había sido un sueño por tantos y tan largos años, que casi se le había borrado de la memoria. ¡Cuántos intentos fallidos! A veces, ayudado por vecinos piadosos; a veces, haciendo esfuerzos inhumanos con dolores terribles, con tal de llegar primero y nunca había dado resultado. ¿A qué viene ahora esta pregunta? ¿Estará este personaje aparentemente extranjero, y de corte galileo, dispuesto a darme una mano? “Le respondió el enfermo: Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua.” Posiblemente había entre los enfermos incurables, gente con dinero, ayudados por sus criados, gente rica que hacía alarde de su riqueza y tenía toda una organización para llegar primero, él en cambio estaba sólo, sólo e inmovilizado en su camilla, el instrumento de su descanso y de su tormento. Esa camilla dura se le pegaba y no lo dejaba libre para un brinco rápido hacia el agua.

“Y mientras yo voy, otro baja antes que yo.” (Jn. 5, 7) Como si fuera una carrera de obstáculos, que nunca había podido vencer, así había sido toda su vida. Un obstáculo tras otro le habían excluido de una existencia normal. Al vivir en el mero Jerusalén, la ciudad privilegiada, donde el comercio nunca languidecía; con una salud normal, y trabajando con ahínco, habría podido

enriquecerse como muchos otros. Allí nunca faltaban peregrinos que requirieran de servicios. En las fiestas, los precios subían considerablemente pero él nunca pudo tener la oportunidad; siempre había sido enfermizo, había buscado alivio en las bebidas fuertes, se había pasado los días echado en lugares inmundos y atolondrado. Finalmente, la artritis le había devorado los huesos y se encontró tendido sobre esta odiosa camilla.

Sólo vio su irremediable desgracia, no entendió aquel interés y el tono de bondad y de cariño que acompañaba la pregunta. Sólo se fijó en el sentido superficial, obvio para todos los que estaban esperando el movimiento de las aguas y zambullirse en ellas, reportando, como fuera, algún alivio. La pregunta había sido personal, un medio de enlace entre Jesús y el enfermo expresaba la apertura de un alma, el encuentro con la persona. Ésta se encontraba agotada, ausente, no pudo fijar en Él los ojos, captar la presencia de un misterio. Se escurre por lo ordinario, anónimo. Jesús se da, pero no hay acogida. El paralítico no abre su corazón. Su respuesta no denota ni amargura ni esperanza, ni protesta ni exasperación. ¡Han transcurrido tantos años! ¿Qué puede el día de hoy aportar de nuevo? El viejo se ha vuelto casi indiferente, escéptico, endurecido en su desgracia, medio infortunada y medio culpable. En sus palabras no hay pasión, ni para el bien ni para el mal.

Se presenta como un personaje ambiguo, bloqueado sobre sí mismo. El temor lo domina. Tampoco el milagro logrará hacerlo reflexionar, ni dirigir su espíritu hacia su increíble bienhechor. No se siente atado al que lo ha salvado, no se lo agradece. A pesar de ello, Jesús se ha conmovido por la pena y el abandono, nada lo detendrá de volcar todo su amor y su poder divino. Él no ha sido llamado, ni suplicado, no encuentra expresión de fe. Sólo un vago deseo de mejoramiento y de ayuda. A pesar de todo, Jesús le dice: “Levántate, toma tu camilla y anda.” (Jn. 5, 8) Al instante, una energía arrolladora corrió por todos sus miembros. El hombre se sintió nuevo, con ganas de estirar sus piernas y sus brazos, con fuerzas, como para levantar pesos. Alrededor de él se movía un mundo totalmente nuevo que nunca había observado. Todos se movían, se agitaban, gritaban y negociaban; era la vida en la que por tanto tiempo había soñado, como un mundo irreal. Ahora se sentía de repente insertado en él, podría vivir. Una sensación de euforia y de poder lo invadió. Ya nadie lo detendría.

“Y, al instante, el hombre quedó curado; tomó su camilla y se puso a andar.” (Jn. 5, 9) No lo pensó dos veces, la maravillosa energía lo impulsaba; se abrió camino entre la masa de personas, atravesó los pórticos, abandonó la piscina y tomó la calle que iba por la ciudad. El evangelista no puede registrar ni una palabra dirigida a Jesús. Ningún agradecimiento, ninguna reflexión sobre un acontecimiento tan admirable, sobre un regalo tan gratuito y generoso. Treinta y ocho años de penas dejados atrás en un momento. ¿No merecían una reflexión? Una voz milagrosa que había pronunciado sólo tres palabras ¿no revelaba la presencia del mismo Dios que habitaba en la nube, al interior del templo? ¿Quién era este profeta o enviado del Altísimo? Sólo quedó un espacio vacío al borde del agua, que no tardó en ser ocupado por otro enfermo. Los que estaban alrededor no tuvieron ni tiempo para recapacitar y darse cuenta de lo que había sucedido. Vieron al paralítico levantarse, agarrar su camilla en la espalda y caminar seguro y fuerte, como un encargado de la limpieza. ¿Será que nunca estuvo enfermo? ¿No era el mismo que todo el mundo conocía? ¿Qué le había sucedido? ¿Quién era este joven profeta que estaba frente a ellos?

Jesús quedó sólo, en medio de la algarabía de sanos y de enfermos, de vendedores y compradores. Nadie gritó al milagro. Nadie se fijó en su rostro que irradiaba luz. Él levantó la mirada al cielo y agradeció al Padre; su alma estaba llena de paz, pero alrededor veía condensarse una nube de odio que le daba miedo. ¡Oh Señor! ¿No será que muchos nos parecemos a ese hombre de mente obtusa y de corazón anquilosado y nos vamos por este mundo sin mirarte siquiera a la cara? Al paralítico sanado le importaba más su camilla que la fuerza que Tú le habías dado. De hecho, el hombre no tardó mucho en encontrar gente extrañada al ver una persona cargando un bulto y atravesar Jerusalén en día sábado. Letrados, escribas, levitas y sacerdotes andaban por todos lados, con cortos paseos, como apenas lo permitía la tradición de la ley para el sábado. Absolutamente prohibido, acarrear objetos pesados. Imposible que no armaran un escándalo por la camilla, a escasos pasos de la entrada del templo. Esta era la ley, una serie de preceptos en los que la persona humana desaparecía. No había proporción entre la letra y el espíritu.

El hombre se asustó. No creía a sus oídos. Todos le repetían lo mismo; atemorizados por el evidente pecado. ¡Tantos años sin caminar!... y ser detenido

por una camilla. “Es sábado y no te está permitido llevar la camilla.” Y nadie se fijaba en la maravilla de poder caminar. Buscaba una razón para disculparse de su ignorancia y no la encontraba. Entonces, le traslada la responsabilidad al que le hizo la gracia de poder caminar. No se acuerda de él, como amigo y bienhechor; sin embargo, tuvo todo el tiempo para contemplarlo y percibir su presencia. Ahora sólo es un culpable que lo ha engañado, diciéndole que agarrara la camilla; alguien que no respeta el sábado. Si la gratitud hubiera asomado en su corazón, lo de levantarse, tomar la camilla y andar, habría sido un gesto sin ninguna consecuencia, el centro de atención habría sido Jesús. Pero ese hombre sólo se preocupó por agarrar su camastro e irse, sin pensar más que en sí mismo. Esto lo hacía culpable, así como otros descuidos semejantes que había tenido cuarenta años atrás.

Tuvo que entrar a un consejo donde estaban reunidos los judíos. Él les respondió: “El que me ha curado me ha dicho: Toma tu camilla y anda.” (Jn. 5, 11) No había forma de dudar acerca de la enfermedad de este hombre, quien había transcurrido en su miseria casi cuarenta años, y cuya vida corría por cuenta de almas generosas de Jerusalén, quienes lo socorrían. Era un caso ampliamente conocido. Tampoco podían dudar de que ahora estuviera perfectamente reestablecido en salud. ¿Un milagro... y en día de sábado? Había que atacar este falso profeta que no respetaba el sábado y les inducía a sus pacientes a hacer lo mismo. “Ellos le preguntaron: ¿Quién es el que te ha dicho, tómala y anda?” (Jn. 5, 12) Es un verdadero interrogatorio de tribunal. Los jueces exigen una denuncia formal, con nombre de acusador y de acusado, para establecer el delito y poder dictar sentencia.

La respuesta del hombre es decepcionante, inverosímil. “Pero el enfermo no sabía quién era.” ¿Te ha levantado de una cama en donde yacías desde treinta y ocho años, y no sabes quién fue? Ha hablado contigo, te ha preguntado y ¿no sabes quién es? Ahora tiene ocasión para recapacitar. ¿Quién me sanó? Ni le pregunté el nombre. Ni le agradecí. El carácter ambiguo del personaje se muestra aquí con todo su vacío humano y espiritual. ¿Sería un profeta? ¿Un hombre de Dios? ¿Quién puede tener en su palabra tanto poder, que no sea el Creador del mundo? ¿O un brujo que me tendería una trampa para que cayera en la desgracia de todas estas autoridades? Pensó que así de sano podría por

fin entrar al templo, cosa que estaba prohibida a todos los lisiados. Allí nadie podría incriminarle. Hasta ese momento el personaje sigue siendo ambiguo y más bien repelente; de aquí en adelante se volverá cobarde y odioso.

“Jesús había desaparecido entre la gente que había en aquel lugar.” (Jn. 5, 13) La concurrencia de peregrinos en los días de fiestas, ocupaba todos los lugares dentro y fuera de la ciudad. Sin embargo, el lugar acostumbrado donde Jesús desarrollaba sus enseñanzas era el pórtico de Salomón alrededor del patio llamado de los gentiles, el más bajo y el más grande, desde el cual se accedía al patio reservado exclusivamente a los Israelitas. En los días de fiesta, ambos sitios estaban rebosantes de gente; allí Jesús encontraba su auditorio. El paralítico sanado, de repente en el templo volvió a encontrarse frente a Jesús. Ningún sentimiento es expresado acerca de este reencuentro.

Jesús también volvió a ver al hombre. Lo mira y sus ojos lo traspasan hasta lo más profundo. No sólo fijó la atención en él sino que le habló. “Más tarde, Jesús le encuentra en el templo y le dice: Mira, estás curado.” Es extraño que Jesús tenga que recordarle la curación milagrosa. Podría haberle añadido: me diste compasión; para aliviarte tuve que rebasar el descanso del sábado. Sólo por amor te sané. Todo esto era evidente, para cualquiera que tuviera mente y corazón. Pero esta mente estaba tupida de egoísmos, de miedo y el corazón estaba cerrado. Faltaba un reconocimiento por parte del paciente. Este vacío nos da la medida de la pobreza de esta alma. No le interesaba reconocer el don de Jesús, ni la maravilla del acontecimiento, ni la obligación que lo ataba a su bienhechor. Jesús se había dado pero no había sido recibido. En otro lugar dirá: he aquí que estoy a la puerta y toco... ¿quién me abrirá?

Esta fue tu segunda llamada. En la primera habías entrado con todo el poder de tu misericordia pero no hubo respuesta. Nadie te recibió. Esta alma estaba demasiado dolida y no te entendió. La segunda llamada le da ocasión para reflexionar sobre la maravilla del don recibido. Además, le pusiste en guardia contra el mal: “No peques más.” El milagro estaba relacionado con el pecado: “estás curado, no peques más”. Estás curado de la enfermedad, la cual se refería al pecado. Y añade otra advertencia que, en cierto sentido, es una amenaza “para que no te suceda algo peor”. (Jn. 5, 14) Seguramente no

se refiere especialmente a daños físicos, sino más bien al malestar moral, al mal que es instinto en el pecado. El pecado es el mal; es lo contrario a la fe. En esta abierta advertencia hay algo velado y profundo: Jesús tiene todavía compasión de él, todavía intenta amarrarlo a sí mismo y expresa el deseo de no perderlo; aunque no está muy seguro.

No puede dudarse de esta conexión, a pesar de que algunos comentaristas advierten, que no necesariamente se implica la existencia de pecados anteriores. Esto sería razonar con el cerebro, no con el corazón. En realidad la advertencia “no peques más” tiene que ver con la enfermedad y el pecado: el que recibiera el don de esta fuerza divina, no deberá nunca más acceder al mal. Estaba marcado por la gracia, en el cuerpo y en el alma. Delante de la mujer pecadora, Jesús había dicho: “Mucho ha amado, porque mucho se le ha perdonado”. El amor nace en proporción con el perdón pero el hombre de la camilla no vio que del perdón podía nacer el amor. No sólo el cuerpo había sido sanado, sino que el alma había sido perdonada. Nadie podía haber perdonado sus pecados más que el mismo Dios. Estaba en el templo, en ese lugar sagrado ocupado por la presencia divina, la del Dios altísimo. Estaba sano, estaba limpio de pecado, se sentía feliz. Todo se lo debía a Jesús.

Pero no supo relacionar esta felicidad con aquél que lo había amado, perdonado y sanado. La segunda llamada tampoco tuvo respuesta. Jesús no volvería a hablar con él. Los pasos siguientes lo alejan cada vez más del Señor. Toda la bondad y el interés de Jesús no hicieron mella en su alma. Otras preocupaciones lo angustiaban: el temor a una persecución de las autoridades, quienes se habían demostrado muy agresivas hacia el Maestro o, bien, el deseo de hacerse méritos y ganarse la confianza de los poderosos. No aparece en los evangelios que él se hubiera comprometido a ir en busca del que lo había sanado. Esta fue iniciativa suya. El personaje ambiguo asume los rasgos de un vulgar delator, una hazaña difícil de interpretar. Si lo hubiera amado, si hubiera creído en Él, habría entendido que no había necesidad de ir a los judíos para delatar a Jesús y acusarlo formalmente de culpa. Habría entendido que no había absolutamente ninguna culpa.

“El hombre se fue a decir a los judíos que era Jesús el que le había curado.” (Jn. 5, 15) ¿Pensaría así de liberarse de la culpa de la camilla? ¿No sabía que

los judíos estaban decididos a atrapar al Señor? Con esto, Jesús desaparecería de su vida. Nunca podría negar haber recibido su poder y su amor. La doble ocasión de acogerlo en su vida, estaba perdida. Ahora el problema del sábado sería sólo un problema entre Jesús y los judíos. El hombre desaparece de los evangelios en este versículo -Jn. 5, 15- en el acto de denunciar a Jesús. Judas, con mayor culpa, diría: Yo se los entregaré. Con esto se enardeció la discusión sobre el sábado. “Los judíos perseguían a Jesús porque hacía estas cosas en sábado.” (Jn. 5, 16)

Como en otra ocasión, la actividad de Jesús consigue un doble resultado, uno particular para una persona o un grupo (el hombre enfermo que recibe la salud) otro general para instalar el reino (afirma su superioridad sobre la ley del sábado). En este caso, la diatriba sobre el sábado se vuelve candente y conduce a la revelación explícita de Jesús como Hijo del eterno Padre. El milagro del paralítico tuvo que crear una amplia resonancia en la ciudad, por ser el enfermo muy conocido en los distintos ambientes. De hecho, en el capítulo 7 de San Juan, el mismo Jesús vuelve a hacer referencia a este milagro, como algo único: “Una sola obra he hecho y todos os maravilláis.” (Jn. 7, 21) “Y os irritáis contra mí porque he curado totalmente un hombre en sábado.” (Jn. 7, 23)

En realidad, Jesús no acepta la discusión sobre el sábado, como valor de una ley; va más allá de esto. Llama la atención sobre el tipo de actividad que Él está realizando; es decir que se trata de obras que sólo pueden ser atribuidas a Dios. Sus adversarios se aferran a la materialidad de la ley para acusarlo; Jesús, en cambio, apela al valor moral y espiritual de sus milagros y a la presencia del Padre, Dios, en sus obras. “Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo.” (Jn. 5, 17) El énfasis va sobre la palabra Padre. Los judíos lo entienden perfectamente, pero por ninguna razón se dejan llevar a este terreno que para ellos sería muy escabroso. Claramente, el problema no era el sábado en cuanto tal, sino del dueño del sábado: Dios Padre y Padre de Jesús. Evidentemente, si admitieran esto como una realidad, la cuestión del sábado desaparecía de inmediato.

Y tal fue, por cierto, la razón de su ira, como la recoge formalmente el evangelista Juan. “Los judíos trataban con mayor empeño de matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios como su propio Padre.” (Jn.

5, 18) Y no se trataba sólo de una expresión retórica o sentimental, como acto de devoción a Dios. El sentido era literal, porque Jesús presentaba los milagros como obras del Padre, y estos no tenían otra explicación que la intervención directa de Dios, y llamarlo Padre significaba entonces hacerse hijo natural de Dios. San Juan, para no dejar dudas lo explica claramente: “haciéndose igual a Dios”. (Jn. 5, 18) Todo el gran discurso que se reporta a continuación no hace sino remachar la idea de la conjunción del hijo con el Padre, sobre el tema de las obras milagrosas. “El Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre.” No había otra interpretación posible más que de una igualdad natural entre el Padre y el Hijo.

El paralítico de la camilla no fue sanado para crear un pretexto de discusión sobre el sábado: se trataba de un enfermo y pecador, la obra del Padre consistía en darle salud material y espiritual. Jesús lo vio, tuvo compasión de él, como la tendría el Padre, y usó su poder divino, el poder creador que el Padre le había dado. Por esto restauró sus fuerzas, simplemente como obra del Padre. Otro problema era si el paralítico, aunque se sintiera invadido por el poder del Padre, no lo reconociera. Los judíos sí reconocían este poder, pero se negaban a aceptarlo. También para ellos el problema era de aceptación y de acogida. En su corazón no cabía una purificación total y, en su mente, no cabía la idea de una nueva alianza. Acoger a Jesús habría sido amarlo y, a través de Él, amar al Padre. Pero este camino estaba vedado a su soberbia y a su obstinación. Y hasta instilaron su veneno de odio al pobre paralítico sanado, para que no pudiera creer. El rechazo al Hijo era en realidad un rechazo al poder y al amor de Dios.

“Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que Él hace.” (Jn. 5, 20) Esta presencia del Padre en el Hijo era lo que más les asustaba. Su Dios era un Dios altísimo, pero muy lejano, que les dejaba espacio para cometer todas sus maldades, que luego se cubrían con la sangre de las víctimas y el humo de los sacrificios. Pero no admitían que Dios tuviera un papel personal y se acercara demasiado a ellos con su presencia terrible. Por esto levantaban el escudo de la ley, para defenderse del amor del Padre y, con esto, cerraban su mente y su corazón a la comprensión del Hijo. Precisamente quien había sido amado, sanado y perdonado, les ofreció el pretexto para negar su amor. Este

personaje ambiguo me cuestiona desde las raíces. ¿Acoger el amor de Jesús es a la vez acoger al Padre? Y... ¿rechazar al Hijo, implica también necesariamente negar el amor al Padre?

Entre Jesús y el paralítico nunca hubo un encuentro de verdad. Jesús se dio con amor, con dulzura; puso fuerza donde había inercia, puso acción donde había inmovilidad. Pero el paralítico nunca estuvo frente a Él; nunca abrió los ojos para que Jesús se reflejara en él. Sus intereses miraban en otra dirección. Nunca fuiste un tú, para Él. Estuviste a su puerta y tocaste; pero ese hombre te ignoró; te dejó pasar de largo; nunca abrió la puerta. Sólo las cosas materiales y exteriores se volvieron importantes: la camilla, el sábado, el atrio del templo; mientras las intimidades del alma, se escondieron. En realidad, él nunca supo de Ti, nunca te dejó existir dentro de él. No era tu enemigo, ni tampoco tu amigo, sólo un extraño, un indiferente y oportunista, como hay tantos. Esta figura me es conocida. He visto muchos ejemplares de este mismo modelo. También yo a veces estuve muy cerca de este tipo de actitud.

Me recuerda aquella pareja del libro de Hechos: Ananías y Safira, quienes quisieron reservar algo para sí, donde Tú no pudieras entrar y sólo reservaron un inmenso vacío que los perdió. No basta que me des Tu gracia; debes también reformarme en mi interior, reconstruirme fibra por fibra, para crear en mí el espacio donde descansas Tú, como eres de verdad; para que yo pueda ser en Ti como Tú eres en mí, sin reservas. Lo que más cuesta en mis jornadas, es darte lugar, para que Tú tomes mis decisiones, para que ocupes mis pensamientos y llenes mi corazón con lo que Tú amas. Mucho deberá ser quitado de lo que no te gusta: quitar esa exasperación que niega la cordialidad y el acceso generoso; quitar esa dureza rutinaria que limita la disponibilidad y la atención al que se encuentre en aprietos; quitar el desinterés por los que luchan y ganan batallas al lado de uno y merecen todo el aprecio. Mucho deberá ser añadido a mi voluntad y a mi inteligencia, como capacidad de creer y de amar.

Tu presencia no es una amenaza, sino una invitación. Tu palabra no es un correctivo, sino una exhortación estimulante. Me falta esa capacidad tuya para escuchar, para dejar que la otra persona exista, enteramente libre con sus luces y sombras. Deseo esta fuerza Tuya para servir, hasta el cansancio,

cuando las turbas te agobian, insaciables, interminables. Deseo esta entrega tuya al silencio, a la conversación con el Padre; el sacrificio de los alimentos, de la amistad, para llevar adelante tu misión; estos desprendimientos de lo simplemente terreno. “Los pájaros tienen su nido y las zorras su madriguera; pero el hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza.” Es cierto, pero cuando estás Tú no hace falta nada más.

Ese hombre que no te acogió, tuvo que ser una de las grandes decepciones de tu vida, muy cerca de la traición de Judas. Él te vio y no te reconoció, habrá otros que no te vean y, sin conocerte, te amarán y te defenderán: como el ciego de nacimiento o como aquellos griegos que pidieron a Felipe poder verte.